

Azul tan claro, casi transparente¹

Laura Pérez Torres

- Nombre
- Andrea Álvarez
- Edad
- 17 años

Levanté la vista de la ficha, la miré con detenimiento, intentaba disimular su nerviosismo pero era evidente en cada uno de sus gestos, en su respiración, en el constante repiqueteo de sus dedos sobre los vaqueros. Para ella era difícil la situación, podía comprenderlo. Su largo pelo castaño le resbalaba lacio sobre los hombros y con un gesto mecánico se lo apartó del pálido rostro donde resaltaban unos impresionantes ojos de un azul tan claro casi transparente. Era bonita, dulce, su tímida sonrisa me hizo pensar en la época de la primavera, en el instituto, en el primer beso, aunque sospechaba que ella había dado algunos pasos demasiado rápido. Una situación delicada. Suspiré brevemente y comencé a rellenar la receta que le costaría más de veinte euros. Mientras mi letra ilegible cubría de forma mecánica los huecos blancos, recordé el impacto que me causó, cuando todavía era residente y trabajaba en el Hospital Universitario, el parto de una niña de catorce años. Era tan pequeña que su propia hija no podía salir, fue complicado y tuve la sensación de que yo, siendo diez años mayor que ella, todavía me sentía joven para pasar por esa experiencia. El padre del bebé, con apenas quince años, esperaba tras la puerta sin ser plenamente consciente de lo que estaba ocurriendo. Eran tan inocentes todavía. Aquella noche las luces cegadoras de las lámparas daban a la habitación marmórea una sensación de irrealidad que todavía evoco como un confuso sueño. Las complica-

ciones impidieron que mi concentración se dispersara, el sudor escocía mis mejillas y se adhería a mi cuerpo como el guante a la mano. El llanto del neonato hizo que se apagaran todos los temblores que mi mente había retenido durante aquella complicada operación y la mantuviera imborrable en mi memoria.

La joven me devolvió a la realidad cuando se removió incómoda en su asiento, desde que había entrado sólo había pronunciado monosílabos. Al principio había supuesto que era una de las miles de chicas que, obligada por su madre, había venido a verme, pero enseguida descarté la idea, parecía que entre sus padres y ella había un abismo, algunos lo denominarían adolescencia. No podría calcular cuántas veces he tenido esta situación a lo largo del tiempo, pero me atrevería a afirmar que demasiadas. No pude evitar fijarme en el contoneo de las caderas de mi joven paciente al levantarse de la silla y abandonar mi despacho. La edad es a veces tan simbólica.

Miré el reflejo de mi rostro en la pantalla del portátil, habían empezado a formarse las primeras arrugas, las bolsas debajo de los ojos empezaron a perfilarse hace años sin remordimientos, ya no guardaba ninguno resto de juventud, ni siquiera la ilusión. De aquella juventud despreocupada, con demasiados proyectos que al final no llegué a realizar pero que imaginaba tangibles en los despreocupados segundos que precedían a mis sueños cada noche. La vida nos hace crecer demasiado rápido, lo que siempre había deseado es que fuera sin sobresaltos, sin cometer los mismos errores una y otra vez, cincelandos con madurez la experiencia que vamos adquiriendo con las cotidianas situaciones y relaciones que se suceden y van tatuándose en cada uno de nosotros.

1. Cuento ganador en la modalidad de castellano del XXVII Concurso de Cuentos "Villa de Errenteria", organizado por Ereintza Elkarte con el patrocinio del Ayuntamiento de Errenteria.

El jurado estuvo compuesto por Antton Obeso, Ezequiel Seminario, Raúl Guerra Garrido y José Antonio Pérez Agirre.



Me enfundé el abrigo y me despedí del personal de recepción. La jornada se había alargado con la presentación de la nueva jefa de planta y una consulta de última hora. Salí a la calle acompañada de unas finas gotas de lluvia que en apenas unos segundos formaron un estrepitoso aguacero. El olor a humedad empezó a empapar mi nariz, corrí hacia el coche sintiendo el chaparrón sobre mi piel. Mientras conducía, los tiritones y los escalofríos me acompañaron sin huir de la aplastante calefacción del coche, un Megane último modelo. Me encantaba aquel interior chapado en madera, hacía que me sintiera cómoda y tranquila, aunque en esos momentos el frío estaba tan adherido a mí que dolía, y el olor a tierra mojada impedía que el relajante aroma a pino me acompañara mientras conducía. Aparqué frente a la casa, la sensación de malestar me impidió llevar el coche a la plaza de garaje que se encontraba a escasos metros. Abrí la puerta del piso con el ritmo constante del castañeteo de mis dientes, sin apenas ser consciente de lo que hacía y con la mente resuelta en una templada ducha con los chorros de vapor provocando una exótica calidez. Sacudí de forma impetuosa mis zapatos de piel en la alfombrilla ya bastante deteriorada y me aproximé al salón. Mi marido, sentado en el sofá ante el portátil, me miró con aire ausente, o quizás no lo llegó a hacer ya que el brillo antinatural que provoca la luz de la pantalla me impedía describir cualquier expresión, estaba tristemente acostumbrada a esta situación. Al darle un beso balbuceó algo sobre el microondas y continuó leyendo su correo electrónico. Subí las escaleras e hice realidad la fantasía que gobernaba mi mente; en unos pocos segundos el lametón cálido con el que me recibió el agua me devolvió de golpe la energía, cerré los ojos y una sensación relajante me recorrió toda la columna hasta la cabeza. Me puse un cómodo chándal y me encaminé hacia la cocina. La penumbra hizo brillar la cubertería de plata que descansaba tras la cristalera azulada del armario, un destello y recordé el color de los ojos de la joven paciente que me había visitado esa mañana. Al llegar a mi destino descubrí encantada que la comida ya estaba preparada, sólo hacía falta calentarla. El marido perfecto, ése era el mío, siempre tan eficiente. Mientras las patatas en salsa de curry chisporroteaban en el microondas, me quedé observando el vacío, la nada encubierta de aire, y mis pensamientos se empezaron a disfrazar de sueños, como siempre que terminaba el día y los recuerdos pasados y futuros se encadenaban sin precisión. Podía saber qué ocurriría mañana, mis días no podían depararme ya muchas sorpresas, tampoco las esperaba.

Nunca había conocido a nadie que hablase tan rápido. Isabel era muy pequeña, apenas llegaría al metro y medio de estatura, pero su energía no le permitía pasar inadvertida en ningún momento. En los primeros diez minutos que permaneció en mi consulta ya me había contado parte de su vida en una modalidad de jerga que era capaz de hilvanar todas las palabras

sin pausas y hacerlas comprensibles. Había estudiado la carrera de Traducción e Interpretación especializándose en inglés y francés, aunque me confesó, entre risas, que en esos idiomas hablaba más despacio. Trabajaba en un hotel y llevaba más de diez años casada. Su voz era ronca, profunda, provocando en cualquiera de sus oyentes el interés hacia lo que iba a decir, incluso si el tema no importaba en absoluto. La velocidad de conexión entre unas ideas y otras era tal que yo no llegaba a comprender en cuál de sus frases esperaba una contestación. El pelo pelirrojo muy cortito le daba un aire juvenil que le restaba años aunque era una de esas personas que siempre parecerían jóvenes. Mientras le realizaba la mamografía y la citología, enumeró los deportes de riesgo que había practicado, los países que había conocido y hasta las mascotas que tenía en casa. Los minutos iban danzando a su ritmo, la conversación saltaba de México a Estambul, del parapente a los gatos. Siempre he sido una gran conversadora, ella era mucho mejor. Los comentarios, las aventuras y sus dudas fueron salpicando la tarde que caía rápidamente hasta que me avisaron de que tenía otra paciente en espera.

Se trataba de Carmen. Llevaba muchos años visitándome, prácticamente desde que abrí mi consulta privada hacía más de ocho años. Ya tenía cuatro hijos y descubrimos que, tras una década, venía el quinto. La brillante luz negra que agitaba sus ojos se asemejaba a la que asomaba a los míos, aunque la suya era espejo de la ilusión, una fuerte punzada de envidia me recorrió fugazmente. Era una mujer sencilla, muy morena, su ascendencia andaluza se notaba en cada rasgo de su piel, incluso en las arrugas que empezaban a formarse cuando sonreía. Siempre decía que sus hijos la envejecían rápidamente pero que lo compensaba. Totalmente de acuerdo con ella, deseé tener alguna arruga más, seguramente habría valido la pena. A su lado, sentada muy erguida se encontraba su hija pequeña, Paula, con la piel tan oscura que su sombra podía perderse y unos ojos verdes y rasgados, entendí aquel poema de Bécquer de mi juventud. Era una niña guapísima que traería a su madre de cabeza, las dos lo sabíamos. Hablamos unos quince minutos sobre la menarquía. Carmen me pidió que diera a su hija alguna información sobre la sexualidad. Sus tres hermanos mayores habían sido hombres, y por eso no sabía cómo actuar con ella. Sentí que confiaba en mí demasiado y me sentí halagada de la responsabilidad que me había otorgado.



Miré a la niña que me contemplaba con los ojos expectantes, inocentes y muy abiertos. Las palabras empezaron a salir de mis labios para poco a poco intentar aportar un poco más de luz a aquellos iris del color del mar enfurecido, una luz que representara comprensión, los mayores errores los provoca la ignorancia. Cuando ambas abandonaron la impoluta consulta suspiré con cansancio, no había parado en toda la tarde ni siquiera para tomarme un café y mi mente estaba procesando todos los sucesos más lentamente que de costumbre. Me levanté del asiento mientras mi rodilla crujía acompañada de la melodía de Windows al apagar el ordenador. Cogí el bolso y me detuve indecisa, confiaba que la conversación con la hija de Carmen hubiera sido la adecuada.

Al llegar a casa todo estaba oscuro, recordé que mi marido tenía la cena de despedida del director del instituto donde trabajaba desde hacía cinco años, llegaría tarde. Me preparé una sustanciosa ensalada de frutas, saboreé cada uno de los jugosos trozos recordando las suculentas cenas que improvisábamos cada noche en los primeros años de matrimonio. Un destello de añoranza me asaltó de improviso, últimamente me abordaban a menudo. Eran momentos donde lo compartíamos todo, proyectos, deseos, sueños; ahora simplemente compartíamos nuestra rutina. Necesitábamos hacer algo distinto, quizá un crucero por el Mediterráneo, daba igual qué destino pero el sol y el mar eran requisitos obligatorios. Volver a mirarnos a los ojos y comprendernos, apoyarnos como al principio. O visitar una de esas ciudades exóticas que había descrito mi paciente. Algo distinto. La ansiedad volvió sin previo aviso, nunca estaba preparada para esa agria sensación, para comprender que no podía más, que necesitaba lo único que la vida parecía no querer darme. La desesperanza se mezclaba con los latidos pausados de mi corazón y la ternura se desparramó a lo largo de mi piel, tenía todavía mucho que compartir, todavía podía completar mis ansias de maternidad. La inevitable idea de que el tiempo estaba comenzando a ahogarme llegó a la vez que el comienzo de la película e hizo a mi cabeza tomar otro rumbo. Los reflejos de las imágenes en el salón hicieron que en menos de cinco minutos me concentrara plenamente en el gran televisor de plasma que acabábamos de adquirir, y en apenas otros cinco, el sonido envolvente y la comodidad del mullido sofá fueran los causantes principales de que, a pesar de mi alto grado de interés por aquella película francesa, me quedara profundamente dormida.

Silvia era el canon de belleza actual, los destellos rubios enmarcaban un rostro bronceado y delgado. Sus facciones estaban muy marcadas y sus gruesos labios denunciaban sin apenas alardes que había sido protagonista de una operación de cirugía plástica. Estaba segura de que triunfaba tanto fuera como dentro de los negocios. Su apretado traje de chaqueta anunciaba a una empresaria con éxito. Mostraba seguridad sólo

traicionada por la rigidez de su espalda al sentarse en el cómodo asiento de mi consulta. A pesar de la serenidad con la que parecía cruzar sus manos en el regazo, a pesar de que sus ojos me miraban fijamente y no apartaba sus pupilas de las mías, a pesar de todo eso, sabía qué le ocurría porque había huellas de dudas en sus ojeras, en las lágrimas invisibles que borraban sus decisiones. El marco era tan nítido que me hubiera gustado adelantarme a sus preguntas recomendando que lo meditase, el arrepentimiento puede ser uno de nuestros peores enemigos, pero no tenía más remedio que esperar. Al darle la mano para despedirnos pude notar la tensión que soportaban sus hombros y todas las preguntas que quería gritar y no pronunció. Me asomé a la ventana para verla partir y admiré incluso su forma de andar tan decidida, pero al abrir la puerta del coche se quedó unos instantes en suspenso. A pesar de la nueva ley, de los debates, seguía siendo una opción difícil para cualquier mujer. Entró en el Audi rojo y arrancó con el estremecedor chirrido que provocan las ruedas nuevas contra el pavimento todavía húmedo.

Mientras cerraba la puerta de la consulta llamó mi marido para avisarme de que teníamos visita. Llegué al supermercado más cercano con la hora justa para comprar dos botellas de barbadillo y algunos platos precocinados, y con la resignación de esperar en la interminable cola de última hora, frustrada por la incompreensión que siempre me producía el número tan elevado de cajas registradoras vacías en el momento que más se necesitan. La noche transcurrió vertiginosamente bien, mi cuñada y su marido cuando quieren saben ser encantadores, las bromas y las últimas travesuras de sus hijos se sucedieron durante toda la velada haciendo brotar las risas. La cena dio paso a las copas y la lengua se soltó aún más de lo habitual. Aquella noche, después de mucho tiempo, mi marido me esperó despierto en el dormitorio, sentí su deseo al recostarme en sus brazos, la caricia pasmosamente dulce de su piel, la tibieza de sus dedos me produjo una hoguera en mi interior que incendió a los dos. Tarde descubrí que la sensación que enturbiaba sus sentidos era embriaguez.

Cuando Isabel se sentó, la sonrisa en su rostro me resultó casi ofensiva. La atmósfera estaba demasiado cargada, el calor impulsaba a las pequeñas gotas de sudor a deslizarse por mi espalda. Resultaba enormemente complicado asumir una noticia tan dura. Todavía quedaban muchas pruebas por hacer, fue lo primero que le indiqué, habría que realizar una colposcopia para comprobar los resultados y matizarlos, todavía era pronto. Sus ojos brillaron con esa inteligencia que caracteriza a las personas con una gran voluntad. Toda su tranquilidad pareció caer de golpe sobre mí y entonces pudimos hablar de nuevo con agilidad y sin pausa. Me hizo innumerables preguntas, tenía muchas dudas, pero demostró una valentía que me dejó asombrada. No era la primera vez que se me presentaba una situa-

ción así, pero ella la cambió de tal forma que al final comprendí que su vitalidad ni siquiera se vería afectada por el posible cáncer cervical.

Miré el reloj colgado en la pared de mi despacho, esa noche tenía guardia en el Clínico así que me encaminé hacia el parking, sin prisas. A punto de arrancar el coche, el teléfono vibró, tardé unos segundos en localizarlo, pensé en la necesidad urgente de limpiar el bolso de objetos inservibles, nunca lo hacía. Miguel, el cardiólogo, me pedía el cambio para esa misma noche ya que al día siguiente debía de partir en un viaje inesperado. No me lo quiso decir, pero estaba segura de que se trataba de la salud de su madre, en aquellos meses estaba muy delicada. Dando un brusco giro al volante me dirigí a casa con la esperanza de acostarme temprano, no sin dejar de agradecer la oportunidad de no enfrentarme a mi trabajo esa noche, en aquel momento ni mi cuerpo ni mi mente estaban en condiciones óptimas para trabajar. El zumbido constante anunciaba una noche difícil y la punzada que atravesaba mi cabeza no iba a dejarme olvidar la extraña sensación de malestar. La carga psicológica y emocional asociada a la comunicación de un diagnóstico desfavorable siempre resultaba abrumadora. Nunca me acostumbraría, es más, sería inhumano. La compasión y la comprensión nos diferencian del resto de los animales, a veces de algunas personas.

Cuando llegué reconocí de inmediato la ausencia de mi marido. Suspiré agotada, no quería estar sola. Subí al dormitorio, mi ánimo no me permitió distinguir

entre la negrura de mis pensamientos y la penumbra de la casa. Tomé una aspirina, me tumbé en la cama y apagué la luz esperando que desapareciera el insistente dolor de cabeza. No estaba acostumbrada a la jaqueca y para mí suponía una lucha constante. La oscuridad de las sombras tenía tenues reflejos de luna, la cortina no estaba echada, pero sabía que todavía no podría dormir. Muy despacio, casi con dificultad, me levanté de la cama y acudí a la ventana. Miraba la calle solitaria, con apenas dos farolas encendidas, me sentía inquieta. Apoyé la palma de la mano en el delicado cristal y un escalofrío me recorrió la estrecha espalda, hacía frío fuera de las mantas. Apoyé lentamente la cabeza sobre la almohada y me quedé dormida, esperando. Media hora más tarde escuché la puerta de la entrada.

No pensé que mi marido suponía que no estaba, tanto por mi guardia como por la luz apagada; no pensé, cuando me levanté de la cama, que descalza no se escuchaban mis pasos; no pensé, y quizá ahora reconozco que pudiera haber sido por la urgente necesidad de apoyarme, como hacía antes, en sus anchos hombros para llorar.

Aún hoy, cuando el destello de la cubertería de plata se refleja en la cristalera del armario, se cruza fugazmente en mi recuerdo la imagen de mi marido abrazado a una joven chica de caderas ondulantes, pelo castaño y los ojos de un azul tan claro casi transparente. ■



aura Pérez Torres nació el 25 de diciembre de 1985 en Granada. Estudió la carrera de periodista en la Universidad de Málaga, ciudad donde actualmente trabaja en el diario EL MUNDO. Desde que cumplió 12 años, esta granadina aprendió el placer de la lectura y el misterio de la palabra, y un año más tarde empezó a hacer sus primeros pinitos con los versos consiguiendo el tercer Premio de Poesía y Accésit de Narrativa (2001), Primer Premio de Narrativa (2002) y Accésit de Poesía (2003) del Certamen Aula de Creación Juvenil convocado por el periódico "El Mundo". Además, en 2004 obtuvo el primer premio del X Concurso Nacional de Poesía Joven "La Palma" y Primer premio del III Certamen Literario de Relato "Ana María Aparicio Pardo". Entre otros, también ha logrado el Primer Premio de Relato (2005) y Accésit (2006) del Certamen de Literatura Joven "Javier Espinosa". Junto a su pasión por escribir, esta joven periodista ha convivido durante su vida con el baloncesto, siendo socia y responsable de comunicación de un pequeño club de su ciudad natal, CD Smilo. Tampoco se olvidó de la música, concretamente el piano, ya que estudió siete años en el Conservatorio.